

decía que había recibido un ligero golpe en la cara; que su hermano Don Manuel había perecido en el combate; que su gente se había dispersado por un error de su corneta de órdenes; que había perdido 200 hombres el enemigo; que había reunido ya casi en su totalidad la sección de su mando; que en pocos días iba á triplicar su fuerza; y que podía ocupar con dobles ventajas el Limón, si el general en jefe se lo ordenaba.

La ficción de este parte en aquellas circunstancias, reveló el entusiasmo de un hijo por el autor de sus días, el amor de un partidario á su causa, y la noble ambición de un valiente por la gloria. Ya se verá que el jóven caudillo llevó dignamente la herencia de su nombre guerrero, en los mismos lugares que habían sido el teatro de las hazañas de su padre.

La cabeza de éste fué llevada á Mescala; y clavada en un poste, á trescientos pasos de aquel pueblo, estuvo así hasta la noche del 26 de Diciembre, en que una partida de pronunciados logró quitarla de allí, después de una refriega con el destacamento del gobierno. El digno hijo de Villalva y sus valerosos compañeros, pudieron de este modo hacer los últimos honores al triste resto de su padre y de su caudillo.

Don Jesus Villalva tenía tan buenas relaciones por todo aquel rumbo, que nunca dejaba de saber los movi-

mientos de los enemigos, y era imposible sorprenderle. El gobierno de México se dedicó con tenaz empeño á perseguirle, dictando frecuentes órdenes para ello á los jefes militares, y empleando numerosos espías para averiguar el misterio de sus movimientos felices y el de la imposibilidad de darle un golpe. En una ocasión fueron aprehendidos Don Manuel Gomez, cura de Cacalotenango, y otras siete personas que mantenían relaciones con el jóven guerrillero; y con fecha 14 de Julio el gobierno previno al comandante general del departamento, que aquel sacerdote y los demás individuos implicados en el mismo delito, fueran juzgados con arreglo á la ley de conspiradores, "y castigados (es decir, fusilados) *sin consideracion á categoría ni fuero.*"¹

Respecto á ejecuciones, el 16 de Julio se hizo una en Morelia, que aterrorizó á los habitantes de aquella ciudad y de todo el departamento. Condenado á muerte por un consejo de guerra Don José María Ramos, toda la ciudad se interesó por él para que se suspendiera la ejecución mientras se pedía la gracia de indulto; pero las autoridades se negaron á ello, á pesar de las instancias del obispo de aquella diócesis y de otras

¹ Con fecha 5 de Setiembre de 1853, Santa-Anna había espedido un decreto, declarando que no había fuero en los delitos de conspiración.

personas notables. El obispo por medio del telégrafo pidió desde Silao al gobierno la suspensión de la sentencia, ínterin se despachaba la solicitud de indulto hecha por la familia del sentenciado, por el provisor y otras personas; y el gobierno contestó, también por el telégrafo, que se suspendiera la ejecución, *si Ramos no había sido condenado por conspirador ó por ladrón en cuadrilla*. Esto era negarse terminantemente á obsequiar la súplica del obispo, porque el gobierno sabía bien la causa de la sentencia. No hubo misericordia; y Ramos fué fusilado antes que se recibiera en Morelia aquella contestacion, que de nada habría servido por otra parte para evitar el sacrificio de aquel infeliz. Era un hombre honrado y bienquisto en Michoacan, y su muerte dejó en la orfandad á una numerosa familia. Fué condenado á muerte por haber acompañado á Don Gordiano Guzman, su favorecedor, en las desgraciadas tentativas que hizo contra los tiranos de su patria.

El 13 de Julio Don Juan José de la Garza se pronunció en Ciudad Victoria, capital del departamento de Tamaulipas. El gobierno envió contra él fuerzas numerosas, que pusieron sitio á la ciudad, la cual fué abandonada á los pocos dias por los pronunciados, despues de haberse defendido valerosamente contra triple número de hombres. A pesar de esto, la chispa



LIC. D. JUAN JOSÉ DE LA GARZA,
Gobernador de Tamaulipas.

de la revolucion quedó encendida en Tamaulipas, y en actitud de comunicarse á los vecinos departamentos como sucedió poco mas tarde.

Sufrió mucho Ciudad Victoria en aquel sitio, porque las tropas del gobierno llevaban órdenes terribles para entrar en la poblacion á sangre y fuego. Palmo á palmo la defendieron los valientes que mandaba Garza, y palmo á palmo fueron entrando en ella los sitiadores, empleando para ello los mas atroces recursos de la guerra, el incendio y la destruccion de los edificios. Hubo calles enteras que quedaron reducidas á escombros; se perdieron muchas vidas y desaparecieron muchas fortunas. Por fin, Garza y los suyos tuvieron que retirarse, y las tropas del gobierno ocuparon aquella ciudad desolada, entre cuyas ruinas yacian muertos sus vecinos.

Don Juan de la Garza, con los restos de su gente, se fué al Norte del departamento, donde mantuvo vivo el fuego de la revolucion, contribuyendo despues poderosamente á su triunfo en aquella parte de la República.

Corrió entonces una especie, que revelaba bien á las claras los sentimientos de que estaban animados los hombres del gobierno dictatorial. Cuando se enviaron tropas sobre Ciudad Victoria, el gobierno tenia la se-

guridad de que los pronunciados habian de sucumbir, y todos temian que este habia de ser el resultado, á no ser que otros pueblos de Tamaulipas secundaran el movimiento de la capital. Hablaban de esto un dia los ministros con el general Santa-Anna, y ponderaban indignados el crimen de la ciudad rebelde, que tan fácilmente se habia sometido á las torpes exigencias de un puñado de facciosos: decian en tono hiperbólico, que era menester destruirla y sembrarla de sal para escarmiento de otras poblaciones que pudieran verse en el mismo caso; y escitado con esta conversacion el presidente, tuvo uno de aquellos arrebatos que tan frecuentes eran en su carácter: dijo que habia de levantar una horca en medio de la plaza de Ciudad Victoria, y que habia de situar cañones en las boca-calles, para barrer á metralla á todos los vecinos, á fin de que los rebeldes vieran la suerte que les aguardaba. Ninguno de los ministros dijo una palabra contra aquellos bárbaros propósitos: si alguno de ellos los desaprobaba en su corazon, ninguno se atrevió á contradecirlos. Quizás se habrian puesto en práctica, si no hubiera estado presente un ciudadano, que sin pertenecer al gobierno, solia levantar la voz allí en favor de la humanidad y de la civilizacion. Era el general Don Ignacio Basadre.

Aquí corresponde relatar un hecho, que aunque no

pertenece á la revolucion, objeto de esta historia, debe figurar en ella por su importancia, y porque vino á revelar una de las principales pasiones que hicieron tan impopular á la dictadura. El conde de Raousset Boulbon, súbdito francés, desembarcó en Guaymas en el mes de Julio de 1854, á la cabeza de trescientos franceses que habia organizado en California. Era comandante general de Sonora el general Don José María Yañez; y una noche á deshora se presentó en su habitacion el aventurero, solo y desarmado. Habló mal del gobierno, de quien decia que le habia engañado villanamente, y dijo sin rodeos que venia en busca de una reparacion de los perjuicios que se le habian hecho. Respondióle el general Yañez con dignidad, y le declaró su resolucion de desbaratar con las armas ó de cualquier modo sus proyectos.

Salió Raousset de allí, y fuese á disponer su gente para atacar á Yañez, mientras que éste por su lado se puso á organizar la corta fuerza que tenia, para batir á los invasores. Estos eran trescientos, todos franceses, gente decidida, y entusiasmada ademas por el genio emprendedor y las palabras de fuego de su caudillo, que les habia ofrecido una existencia de placeres en las opulentas regiones que iban á conquistar. No eran tantos los hombres de Yañez, aunque á ellos se reu-

nieron algunos vecinos de Guaymas, que quisieron tomar parte en la lucha con los enemigos extranjeros.

Puesto Yañez á la cabeza de su gente, y dirijiendo el conde Raousset á la suya, trabóse un combate sangriento, en el cual se hicieron prodigios de valor por una y otra parte. Los franceses peleaban por la vida; los mexicanos por la independenciam y por la honra: unos y otros eran valientes; unos y otros tenían caudillos esforzados, que los animaban con la palabra y con el ejemplo: Raousset, aunque capitán entonces de aventureros, era digno adversario de Yañez. Por fin, después de algunas horas de combate, triunfó el general mexicano: los invasores y su caudillo fueron hechos prisioneros, y quedaron todos á merced del vencedor.

Yañez hizo formar causa al conde Raousset, que fué condenado á muerte, y fusilado el 12 de Agosto. Los franceses fueron perdonados por el general á nombre del gobierno, mientras éste determinaba lo que fuese de su agrado.

La victoria de Guaymas tuvo lugar el 13 de Julio, y en la capital se supo á principios de Agosto. Causó en toda la República extraordinario contento, y aplaudióse con entusiasmo al general victorioso. Era aquel un triunfo que no solo halagaba el amor propio de los mexicanos, sino que venia á sacarlos de las inquietudes

que aquella expedición les causaba. No era la primera vez que Raousset pisaba en son de guerra el territorio de la República, ni que hacia armas contra sus autoridades: en 1852, acaudillando una partida de franceses que iban á proteger la explotación de las minas de Arizona, se habia descompuesto con el comandante general de Sonora, con quien habia venido á las manos en Hermosillo; y el comandante general, que lo era Don Miguel Blanco, habia estado muy distante de tener la misma fortuna que Yañez en Guaymas. Estos antecedentes hacian temer que el atrevido aventurero triunfase fácilmente de las escasas fuerzas que podian resistirle en 1854, en los mismos lugares donde con doseientos cincuenta hombres se habia burlado de cerca de dos mil en 1852. Por eso fué tan grande el júbilo con que se recibió la noticia de su derrota.

En cuanto al gobierno, la primera impresión de gozo que le causó la noticia, fué superior á la que experimentó la generalidad de los mexicanos. Raousset habia apelado al descontento público, habia invocado la libertad contra la tiranía, y habia manifestado mas deseos de saciar su venganza derrocando al gobierno, que de satisfacer su ambición apoderándose de una parte del territorio. Victorioso en Guaymas, no solo se hacia dueño de Sonora y de los departamentos vecinos, sino

que podía traer la guerra al interior de la República, sublevar las pasiones contra un poder mal querido, y causar por fin una general conflagración. La cuestión era de vida ó de muerte para el gobierno, y éste conoció claramente que Yañez le había salvado de una ruina segura. Así, pues, el primer impulso del dictador fué premiar con largueza el servicio que acababa de prestar el vencedor de Guaymas, y en ello estaban de acuerdo todos los ministros, menos uno.

Este se presentó por la noche al general Santa-Anna; y en vez de participar de la comun alegría, y de tomar parte en los plácemes y congratulaciones á que daba lugar el caso, empezó á ponderar la popularidad inmensa que había adquirido Yañez por un acontecimiento feliz que no se debía ni á su pericia ni á su valor; ponderó lo peligrosa que podía ser aquella popularidad tratándose de un jefe que residía tan lejos de la capital de la República, y que había dado pruebas de ser poco cumplido en obedecer los mandatos del gobierno; y concluyó manifestando que lejos de ser acreedor á ningun premio, aquel general merecía un severo castigo por su inobediencia, por su imprevisión, y por haber comprometido el resultado de un lance que no había sido dichoso sino por el valor de la tropa y de los vecinos de Guaymas, á pesar de las faltas que el comandante general había cometido.

Duro se le hacia al general Santa-Anna decretar castigos para quien en los primeros momentos de su gozo había juzgado digno de recompensas; pero el ministro cargó la mano en lo del aura popular, diciendo que toda la nación aplaudía al general afortunado, como si fuera el primer hombre de México. La pasión mas fuerte del general Santa-Anna se despertó entonces con su implacable violencia; y el ministro, para que no desmayara en los injustos propósitos que veía casi asomar en el alterado semblante del presidente, le habló de Manlio, el cónsul romano que hizo matar á su propio hijo porque había dado una batalla contra la órden que tenía, no obstante que había alcanzado una gran victoria.

Dos dias despues, los habitantes de México, llenos de asombro, vieron que en el *Diario Oficial* se vituperaba con la mayor acritud la conducta de Yañez, que se le destituía de su destino de gobernador y comandante general de Sonora, y que se le sometía á un consejo de guerra. Los ministros, que le habían aplaudido como todos los demas, al recibirse la noticia de su triunfo, le odiaban ya entonces á la par con su señor y con su compañero; y algun tiempo despues se publicó un folleto que se atribuyó al de relaciones, en el cual estaban recopilados los cargos que el gobierno hacia al general Yañez.

Entre ellos figuraban como muy principales, el no haber asegurado á Raousset cuando se presentó en su casa, solo y desarmado; el haberle dado tiempo de prepararse para el combate; el no haberle fusilado inmediatamente despues de prenderle, sin formarle causa, y el no haber hecho lo mismo con todos los demas franceses que cayeron prisioneros: es decir, que el gobierno acriminaba á Yañez porque habia sido caballero, valiente, humano, político y generoso.

La futilidad de los cargos acabó de glorificar al vencedor de Guaymas. Todos sus compatriotas, aunque por entonces guardaron silencio, le hicieron justicia en el fondo de su corazon; y los franceses residentes en la República, le dieron un voto de gracias por su conducta noble y generosa. Escusado es añadir que sus jueces le hicieron tambien justicia, absolviéndole.

Tenemos que volver un poco atrás para esplicar los acontecimientos que se han referido.

Raousset habia quedado profundamente despechado desde que habia tenido que abandonar la República en 1852, despues de su inútil triunfo de Hermosillo; y andaba reclutando gente en California para invadir con ella á México. Súpolo el gobierno de Santa-Anna desde los primeros dias de su instalacion; y queriendo librarse de aquel enemigo peligroso, hizo que llegaran

á su noticia, por medio de la legacion francesa, los deseos que tenia de tratar con él sobre un vasto proyecto de colonizacion en la frontera del Norte, para lo cual se le proporcionarian todos los recursos que fueran necesarios. Raousset respondió que inmediatamente iba á ponerse en camino para México; y entonces fué cuando los periódicos ministeriales anunciaron que aquel hombre, admirador del general Santa-Anna, y prendado de la política de su administracion, no solamente habia abandonado sus proyectos piráticos, sino que ponía al servicio de México su talento y su espada.

Poco tiempo despues vino Raousset á la capital, donde el gobierno le entretuvo largo tiempo, hablando inútilmente del proyecto de colonizacion. Los dias se pasaban entre tanto, sin que nada se hiciera, y sin que el gobierno diera trazas de cumplir las ofertas que directa ó indirectamente habia hecho á Raousset: tratábase de cierta cantidad de dinero para establecer una colonia militar en Sonora y en otros departamentos fronterizos. Instaba el conde al gobierno, y el gobierno le entretenia con buenas palabras, hasta que al fin, estrechado éste fuertemente á dar una resolucion, acabó por ofrecer á Raousset el grado de coronel en el ejército.

El arrogante francés se dió por ofendido de aquella salida; vió en ella el complemento de una burla que

se le habia hecho desde el principio para entretenerle aquí; y salió de México ardiendo en ira y meditando proyectos de venganza. Embarcóse en Acapulco para California, y empezó á reclutar gente con una actividad febril para volver á las costas de México. El cónsul francés de San Francisco ayudado por el mexicano, desbarató una vez sus planes; pero él volvió á la tarea con una constancia incansable, y reunió al fin la gente con la cual le hemos visto desembarcar y sucumbir en Guaymas.

Desde que Raousset se presentó al general Santa-Anna, conoció que nada tenia que esperar de él; y á su vez Santa-Anna, desde que vió al conde, se propuso no hacer con él ningun arreglo. Así es que mutuamente se engañaban, mientras Raousset permaneció en México, cuando el uno solicitaba sériamente lo que sabia no le habian de conceder, y el otro entretenia unas esperanzas que no tenia ánimo de realizar. A Santa-Anna le habrian convenido mucho un valor y una ambicion vulgares: un valor capaz de sostener diarias luchas con los bárbaros y los aventureros de la frontera, y una ambicion que se conformara con el primer destino de una colonia militar. Pero Santa-Anna conoció que el valor y la ambicion del conde Raousset rayaban mas alto, y no se atrevió á dar un rincon de tierra al que era muy capaz de alzarse con toda. Aquel

hombre no habia nacido para obedecer, sino para mandar, ó para morir desastrosamente como murió.

El conde de Raousset Boulbon, verdadero héroe de novela, personaje enteramente dramático, era un jóven como de 36 años de edad, de familia ilustre, de gallarda presencia, finos y cortesanos modales, claro talento y buena instruccion. Valiente hasta la temeridad, y ambicioso hasta el extremo, no llevó por buen camino aquellas cualidades: bien empleadas, le habrian hecho vivir lleno de gloria, como uno de los mas famosos paladines de la época; mal empleadas, le llevaron á morir como un aventurero, ó como un pirata.